

La dialectología náhuatl o el último de los mexicanos (de Tuxpan, Jalisco)

El novecientos setenta y cinco marca el inicio de un proyecto titánico: la recopilación del cuestionario de la Dialectología Náhuatl, coordinado por el querido maestro Jorge Alberto Suárez Savini, quien en aquel entonces trabajaba en el Departamento de Lingüística del INAH y su esposa, también lingüista y adscrita al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, la maestra Yolanda Lastra de Suárez.

Era un cuestionario formidable, mucho más grande y abarcante que el de Mauricio Swadesh. Los lingüistas bisoños, pasantes y eminencias, nos presentábamos para colaborar en tal empresa.

A Ignacio Guzmán Betancourt y a mí nos tocó indagar los últimos vestigios del náhuatl de occidente. Armados de varios cuadernitos azules que contenían el cuestionario partimos rumbo a los estados de Jalisco y Colima, ancestrales tierras de los tecos, un grupo de habla mexicana o náhuatl que había poblado esa región tan duramente golpeada y asolada por la versión gachupina de Atíla, el azote de Dios, que se llamó Nuño Beltrán de Guzmán. Terror del occidente de la Nueva España, asesino de indios rebeldes como los tecos de Jalisco y los tarascos de Michoacán.

Después de llegar por tren a Guadalajara tomamos nuestro camión rumbo a Tapalpa, desde donde proseguimos hacia tierra caliente, hasta la orilla del mapa lingüístico nahua, en la parte donde Jalisco y Colima confluyen en una verde oleada de enormes helechos, vías sinuosas y un calor infernal.

Llegamos a Tuxpan, Jalisco, como a las cuatro de la tarde. Con el sol

de frente todo el tiempo sobre el autobús, bajamos como murciélagos lampareados sobre el borde de la carretera, y vía principal del pueblo. La calle más larga que he visto hasta ahora. Al voltear para buscar la lógica de la traza del poblado nos deslumbró aún más una figura blanca que se encontraba en un jardincito cercano a la carretera. Nos acercamos para ver qué era, o si se trataba de la plaza principal.

Semidesnuda, blanca, con la enseña patria en la diestra y los cabellos de piedra ondeando al exiguo airecillo caliente que soplaba en ese lugar, nos dio la bienvenida la Patria. Sus pechos al aire nos hicieron preguntarnos qué clase de habitantes habrían mandado hacer tal

Patria monumental a principios de siglo y por qué, finalmente, quedó sobre la carretera. La Patria y el calor tropical, pronto nos ahuyentaron de ahí, en pos de un hotel.

Tras cargar las maletas y la pesada grabadora USHER del Departamento de Lingüística durante algunos cientos de metros, un cristiano tuxpeño nos indicó dónde se hallaba el único hotel del pueblo... "pa'lla".

El encargado del "Tuxpan Hilton" ése, nos miró medio inquisitivamente porque llevábamos muchas maletas. Supongo que una joven pareja que quería un cuarto en ese hotel no era nada de sorprender, pero cuando abrimos la boca para decirle que veníamos de México, que éramos maestros del INAH y que estábamos allí por motivos de trabajo esbozó una sonrisa chueca, agarró un manajo de llaves de un clavo y nos llevó casi hasta el fondo del galerón que constituía el hotel.

La puerta se cerraba con un candadito de esos que se abren con un clip o un pasador. El techo era azulito, una pared que era verde, otra amarilla y las otras dos color de rosa, como la pantera rosa, pero tachonadas de estrellitas doradas hechas a mano, como el vestido de la Virgen de Guadalupe, lo cual nos hizo sentir en cierta medida protegidos por la mano de Dios.

A la mañana siguiente, armados de nuestros oficios de comisión y de las cartas de recomendación para el presidente municipal, el cura y el director de la escuela del lugar, firmadas y selladas por el profesor Leonardo Manrique, nos fuimos calle abajo como los “aleluyas”, decía Ignacio, dispuestos a buscar de puerta en puerta a los últimos hablantes del náhuatl de Jalisco. Finalmente dimos con el palacio municipal y nos pasaron a la oficina del presidente.

Era un cuartucho amontonado de escritorios y archiveros destartados. Detrás de unas botas picudas recién boleadas, plantadas sobre la superficie del escritorio de en medio, nos encontramos con el señor presidente. Era algo así como la versión, en güero de rancho, de don Perpetuo del Rosal, el famoso per-

sonaje de Rius. Educadamente, lo saludamos y le mostramos las cartas, le hablamos sobre la importancia de rescatar el náhuatl de Tuxpan y sobre el esfuerzo que el Instituto Nacional de Antropología e Historia estaba haciendo para preservar tal riqueza lingüística.

Se quedó pensativo. Luego, se volvió hacia uno de sus subalternos y le dijo: “¿Mexicanos?... ¡INDIOS!... ¿pos ‘onde hay indios aquí tú?, ¡aquí no hay indios!, ¡ya no!”

El subalterno terció: “¡Ay señor presidente!, pos, creo que sólo hasta allá a la orí’a. ¿Se acuerda?, allá con Emiliano, creo que él todavía habla algo.”

“Pos no, la verdá yo no lo creo, pero pos si quieren ir hasta allá, ai que los lleven, pero indios aquí, NOO...”

A gritos llamó al policía, para que nos llevara hasta la casa de don Emiliano. Eso sí, “a los maestros de México” dijo “¡llévenlos en carro!, ¡ándale Macario!”

Macario desapareció y después de unos minutos nos mandó avisar que el carro estaba listo. Nos despedimos del presidente agradeciéndole su buena voluntad y, cuál no sería nuestra sorpresa, cuando salimos y Macario nos trepó a la

flamante patrulla del pueblo, encendió el motor con un rugido de acelerador a fondo y nos dijo: “Ora sí mis maistros, vamos a pasiar por Tuspan, ¡pa’que vean qu’es rete bonito!”

Acto seguido, puso la sirena a todo volumen y salimos disparados, dando tumbos por los baches y las piedras, como verdaderos demonios presagiando el fin del mundo por las calles del poblado.

Los mitoteros del pueblo se agolpaban en las puertas y ventanas de las casas, haciéndose cruces sobre si habían matado a alguien, si habían robado, o qué diablos.

Entre un *pandemonium* de ladridos de perros, gritos de gente, nubes de polvo amarillento y la sirena ululando como alma que lleva el diablo, finalmente, la patrulla se enfrenó ante una casita de adobe medio derruido y encalado, en los confines del pueblo.

La puerta de tablas estaba entreabierta. El condenado de Macario dejó encendida la sirena en un acto de osadía. Detrás de la puerta se oían llantos de chiquillos. Por fin, una mano morena de mujer abrió lentamente la puerta. Los chamaquitos asustados se prendían del mandil de la mujer y los perros no paraban de ladrar.

Al fondo del cuarto, otras dos mujeres y un hombre sostenían a un ancianito que tenía entre sus manos temblorosas su sombrero campero de charro. El pobre estaba pálido del susto, como muerto. Las mujeres preguntaron qué pasaba. Macario dijo que veníamos por Emiliano. Y las mujeres rompieron a llorar y a suplicar a gritos que no nos llevaramos al anciano, que él no era culpable de lo que fuera, él no, no había sido.

Si no hubiéramos terciado la conversación Ignacio y yo, creo que el pobre de don Emiliano hubiera caído allí como fulminado por un rayo. Hicimos callar a Macario y lo mandamos a apagar la condenada sirena y el motor de la patrulla.

Cuando recobrábamos un poco la paz, le mostramos al anciano nuestras cartas, nuestras credenciales y empezamos a hablar de lo que queríamos hacer, asegurándole que todo estaba bien, que Macario no se lo iba a llevar, que sólo queríamos aprender de él su lengua, el mexicano.

Al imponerse la calma, el pobre viejito sonrió con su boca desdentada. Ahora sí, él nos invitó a pasar, a sentarnos, a trabajar con sus recuerdos del náhuatl.

Nos quedamos en su casa hasta la tarde, a Macario lo regresamos con

todo y patrulla de modo que tuvimos que caminar de regreso.

Tras un par de días de trabajo y grabación, las cosas habían mejorado, nos habíamos hecho amigos de don Emiliano y de las gentes del barrio. El último día, antes de partir para Comala, decidimos grabar de corrido algunas partes del cuestionario para la Fonoteca de Lingüística.

No sin alguna dificultad para conectar la grabadora en el patio de la casa, bajo una enramada, pusimos el aparato y empezamos a preguntar. Era mejor grabar a don Emiliano, ya que como el pobre no tenía dientes, la transcripción era difícil y supusimos que sería más fácil obtener posteriormente el texto de la cinta.

Y, como cualquier lingüista experto nos diría, el patio de un solar en el campo no es el ambiente perfecto de grabación que digamos. Pronto los ruidos ambientales se empezaron a colar en la grabación. Un guajolote por acá, las voces de los chiquillos, los perros, los ruidos de la cocina.

Pero nada nos detendría en nuestro empeño, seguimos preguntando y grabando, hasta que llegamos a la parte del cuestionario que contiene las palabras para los animales y entonces, sin percatarnos del intruso, preguntamos al viejito desdentado y medio sordo:

“A ver don Emiliano, ¿cómo se dice burro?”

“¿Qué —dijo don Emiliano— ¿Cómo?”

“¡Qué cómo se dice burro!”

Y entonces se escuchó la estruendosa respuesta:

“¡AAAAAH, ÍIII, AAAAH, ÍIII, AAAAH, ÍIII AAAAH!”

Contestó un burro, que andaba de curioso, y que sin darnos cuenta, se había colocado justo ante el micrófono que estaba sobre la mesa.

Y como dicen los corridos, aquí se acabó la historia de cómo la ciencia un día casi acaba con el último de los mexicanos (de Tuxpan, Jalisco).

Por cierto, si les interesa, la cinta todavía puede consultarse en la Fonoteca de Lingüística en el INAH.

ERÉNDIRA NANSEN DÍAZ
Dirección de Lingüística del INAH